

---

## Introducción

El tema de este número de la revista *Estudios Jaliscienses* es la arquitectura como documento histórico. Los trabajos aquí incluidos se ocupan de los cementerios, las capillas de hospital y la vivienda tapatía en distintas épocas, permitiéndonos identificar diversos elementos constructivos cuya carga simbólica es asignada, justificada y reconocida por la sociedad de cada momento.

Uno de los puntos de coincidencia es la presencia de la Iglesia como elemento determinante en dos artículos, y en los otros dos como factor influyente en la toma de decisiones para el uso y aprovechamiento de diversas obras de arquitectura. Pero la principal convergencia entre ellos se da cuando los autores confrontan la visión histórica de los hechos con la respuesta arquitectónica a cada caso, fundiendo las coordenadas tiempo-espacio en torno al fenómeno de significación del espacio (interno) y la forma (externa).

Parte del patrimonio de un pueblo es la arquitectura funeraria concentrada por lo regular en cementerios. No quiere esto decir que todos los espacios que resguardan los restos mortuorios tengan que llevar el calificativo de "patrimonial"; sin embargo, en este caso, Estrellita García con su trabajo titulado "Los cementerios y el patrimonio cultural de Bolaños", nos permite reconocer algunos de los elementos que le dan la pauta para su inclusión en el listado selecto de edificación patrimonial. La autora nos muestra las distintas formas en que se han ido modificando, tanto su ubicación con respecto a los asentamientos habitacionales, como los usos y costumbres que dichos espacios arquitectónicos tuvieron y denotaron a través del tiempo, mismos que nos permiten elaborar una lectura del comportamiento social en las distintas épocas.

A partir de algunas reflexiones sobre el tema de la muerte, el trabajo expone datos acerca de las culturas que consideran un renacimiento a partir de la muerte o la estrecha relación entre la existencia terrenal y la espiritual, aspectos ligados íntimamente con el sitio en el cual finalmente quedan en reposo los restos mortuorios.

El ensayo pone en evidencia lo mucho que la arquitectura funeraria nos dice sobre la sociedad que la construyó. Concluye que cada pueblo debe reconocer el valor de estos espacios para pugnar por su

conservación, ya que sólo a partir de la autovaloración del patrimonio se puede concebir la idea de su preservación.

El trabajo que presenta Alfredo Alcántar, titulado “Las capillas de hospital del convento franciscano de Tlajomulco”, habla de la presencia de las órdenes mendicantes en la conversión indígena al credo católico y en particular de las características y condiciones en que se construye el primer convento de la región en 1531, en Tetlán, para atender a Tonalá, Tlajomulco y Atemajac.

Así, describe en forma por demás interesante la organización de los hospitales que, con centro en el convento franciscano de San Antonio de Tlajomulco, atendían a nueve pueblos, destacando la participación de los indígenas en algunas de las funciones administrativas y el apoyo económico que todos los miembros de la familia brindaban a la hermandad para el beneficio común.

Nos hace ver, además, la importancia de las cofradías de la Purísima Concepción de Tlajomulco, cuya labor resultó muy efectiva en la conversión de los indígenas, misma que continúa hoy en día operando con toda su organización tradicional de “encargos”.

El autor incluye tanto la descripción de los espacios arquitectónicos de estos recintos, como las características de sus fachadas, reflexionando al final sobre el desafortunado deterioro actual de la mayoría de los edificios referidos.

Por su parte, Adriana Ruiz estructura dos historias paralelas. A partir del relato de las peripecias de la familia Cañedo a través de sus mayorazgos, va describiendo las transformaciones de su residencia, conocida como Casa Cañedo o Casa de los Huesitos, construcción majestuosa, de acuerdo con la descripción de la autora, que en algunas referencias se atribuye al arquitecto Eduardo Tresguerras, mientras que ella, coincidiendo con otros textos, considera factible que fuera un proyecto de José Gutiérrez.

La investigación nos permite conocer en detalle las razones para la destrucción de la finca que, dicho sea de paso, se atribuía a la construcción de la “Cruz de Plazas” en 1949, cuando tal acontecimiento tuvo lugar desde 1946.

El seguimiento de este caso permite a la autora concluir sobre la importancia que tuvo para la sociedad en los años cincuenta la visión del modernismo, considerado como una revolución permanente en la que los valores patrimoniales, sean histórico-sociales o arquitectónicos, no estaban incluidos. Destaca, por ello, la importancia del conocimiento

de la historia para lograr un sentido de pertenencia y mejores niveles de vida.

En el trabajo que presentan Sofía Anaya y José Marull sobre arquitectura regional describen de qué manera se desarrolló la ciudad de Guadalajara a partir de una traza reticular y cómo se van conformando los barrios repitiendo el esquema jerárquico de plaza central.

Una lectura interesante de los autores es la estrecha relación entre los aspectos urbanos y la vivienda, ya que identifican en ésta el mismo esquema central de la plaza; es decir, todas las actividades de la morada giran en torno al patio central. Con el cambio al siglo xx se introducen en Guadalajara las propuestas “higienistas” que repercutirán tanto en lo urbano como en lo habitacional.

Asimismo, destaca la importancia que tuvo para nuestra arquitectura el grupo de jóvenes arquitectos que formaron Luis Barragán, Rafael Urzúa, Pedro Castellanos e Ignacio Díaz Morales, quienes dieron lugar al estilo conocido como “regionalismo” a partir de 1927 y cuyas influencias, reconocidas por ellos mismos, giran en torno a los libros del paisajista Ferdinand Bac y a la arquitectura popular de las poblaciones en que vivieron durante su infancia.

La aportación de estos jóvenes arquitectos es fundamental por la introducción de elementos tradicionales, como teja y madera, y la incorporación de objetos de confección artesanal, como el vidrio soplado, a la arquitectura de Guadalajara, en una época en que, en el plano internacional, el acero y el concreto se constituían como los materiales “modernos”.

El lenguaje empleado en los cuatro ensayos es sencillo, pero las reflexiones tienen la profundidad necesaria para interesar a expertos y público en general. Los datos aquí expuestos contribuyen a motivar el interés por ampliar los temas, o buscar líneas de investigación correlacionadas que complementen o contravengan lo aquí expresado, ya que, finalmente, las propuestas son interpretaciones que cada uno elabora a partir de sus propias experiencias y búsquedas.

Vicente Pérez Carabias